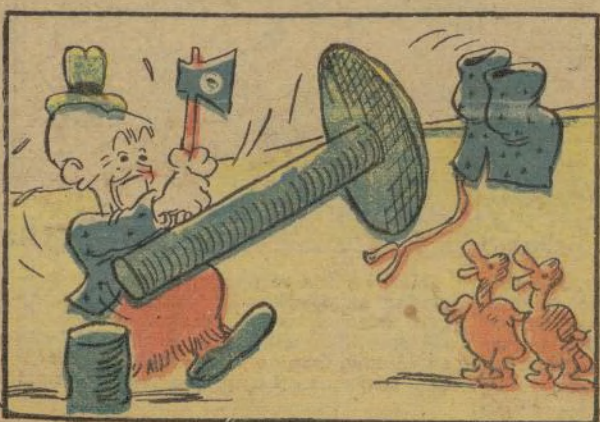
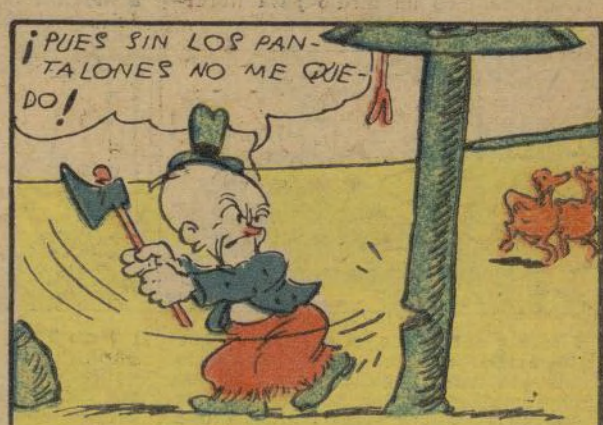
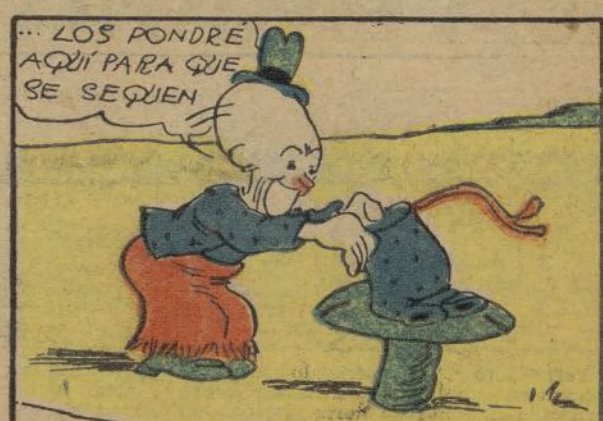
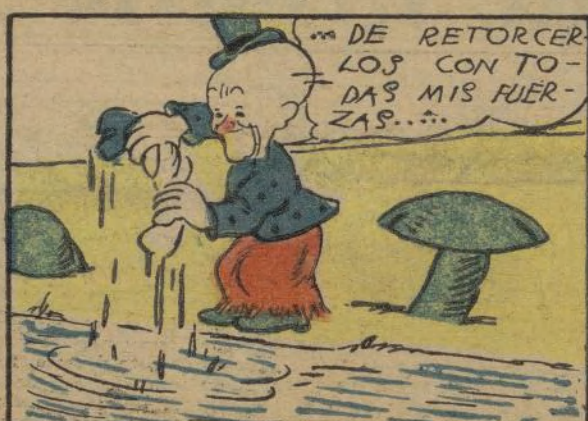


AÑO VI.—NUM. 251

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 1 de marzo de 1934

Jerónimo pescador



LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

El mar tenía un aspecto terrible. Enormes olas de color verdinegro corrían locamente hacia las peñas de la isla, rompiéndose en las escolleras con violencia indescriptible, mientras que un viento impetuoso deshacía las negras



masas de agua y los rayos describían refulgentes "zigzags".

El veneciano volvió los ojos hacia el norte, y vió cómo el barco de los piratas huía hacia el este, esquivando los terribles golpes de mar. Saltaba desesperadamente sobre las olas, apareciendo y desapareciendo alternativamente en las profundidades. "¡Que el mar os trague a todos!"—gritó el marinero.

Pocos minutos después, la pequeña nave desaparecía en el horizonte, mientras el huracán se desencadenaba con extremada violencia. Durante todo el día y toda la noche, el huracán siguió azotando la isla sin interrupción, arrancando los árboles e inundando los terrenos bajos. El trueno no calló un instante, con gran susto de los animales encerrados en la caverna.

Los Robinsones, aun cuando desearan ardientemente visitar la costa septentrional para apreciar la gravedad de los daños ocasionados por el ciclón, y asegurarse de si los piratas ha-

bían descubierto los depósitos de viveres, cosa que temían, a pesar de ello, no se atrevieron a abandonar su refugio.

Al día siguiente, un fuerte golpe de viento del este arrojó las nubes al oeste y el sol volvió a lucir. Sabiendo que el buen tiempo debía durar muy poco, por la proximidad de la estación de las lluvias, los naufragos del "Airón" aprovecharon aquella tregua para ir a la costa. Engancharon la babirusa al carretón, y siguiendo el descampado se dirigieron al sitio donde dos días antes se elevaba la atrevida y elegante cabaña aérea.

No había rastro alguno de los piratas, pues se habían llevado con ellos, no tan sólo las armas de los hombres muertos por las flechas envenenadas, sino también los cadáveres. El huracán había causado grandes estragos a lo largo de la costa que recorrían. Numerosos árboles yacían en tierra, arrancados por la violencia del viento. Cuando llegaron al descampado, sobre la caleta, sintieron un gran consuelo al ver la destrucción bárbara realiza-



da por los piratas. La cabaña estaba totalmente destruida; las empalizadas de los recintos, yacían arrancadas y deshechas; el huerto también aparecía devastado y pisoteado; pero, por

CAPITULO XXXVIII El castigo de los piratas

fortuna, apenas habían despuntado las plantas y no pudieron arrancárselas.

"¡Miserables!"—rugió el marinero, que parecía iba a reventar de ira—. "¡No nos desanimemos, amigos!—exclamó Albani—. No nos



falta energía y en una semana podremos reconstruir lo que esos infames han hecho pedazos." Inmediatamente fueron a ver los depósitos de viveres, y tuvieron el gran consuelo de encontrarlos intactos, ya que los bandidos no hallaron, sin duda, la pista que a ellos conducía.

Entre los piratas y el ciclón, la isla había sido devastada, pero ni por un momento decayó la fe indomable de aquellos valientes, que estaban decididos a seguir adelante, pese a todos los contratiempos.

La fatalidad parecía perseguirlos, pero más fuerte que ella era el valor indomable de los heroicos naufragos del "Airón".

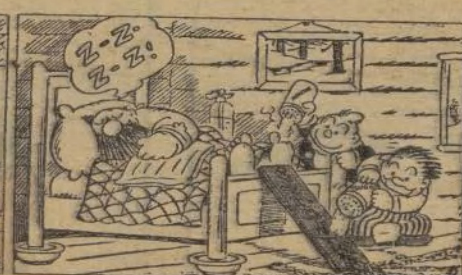
FIN DEL CAPITULO XXXVIII

No dejéis de leer el próximo e interesantísimo capítulo que publicaremos en el siguiente número, en el que culminan el interés, sucediéndose las peripecias emocionantes en alto grado.

Aventuras de Tarugo y Perdigón



Terre-Moto estaba sufriendo una crisis espantosa, pues en la isla habían hecho irrupción millones de hormigas, que picaban más que un saco de pimienta. Barba-Cana ideó un medio para librarse de ellas.



El sistema era meter las patas de la cama en cacharros llenos de agua. Terre-Moto, gracias a esto, era feliz; pero Tarugo y compañía estaban dispuestos a facilitar a las hormigas su picante y dolorosa tarea a costa del capitán.



Y cuando éste dormía, feliz y sonriente, como una mañana de abril o como el amanecer de una coliflor, sintió que por sus pies corría un enjambre de hormigas de Asalto, que daban una carga con las intenciones de Caín.



Furioso y mortificado, Terre-Moto salió dispuesto a poner en práctica una idea que se le había ocurrido para poder dormir tranquilo, sin temor a invasiones hormiguerales, de las que ya estaba harto.



Y feliz y satisfecho, el capitán se despidió de Barba-Cana, satisfecho con la idea que había tenido. "Ahora si que no me molestarán las hormigas; ¿qué te parece?" "Mejor sería mstarías una a una"—rezongó Barba-Cana.



Pero Tarugo y Perdigón se habían propuesto no dejar en paz a Terre-Moto, y, valiéndose del aspirador que usaba mamá Tecla para limpiar el polvo, bien pronto absorbieron la mayoría de las hormigas de la isla.



Y cuando el desventurado capitán dormía tranquilo y sonriente, disfrutando el sueño reparador que le proporcionaba su gran idea, los dos hermanitos introducían el aspirador por un orificio que hicieron en las mantas.



Luego ataron con una cuerda el agujero, y bien seguros de que no podrían escaparse, los pilluelos huyeron, regocijándose con el despertar de Terre-Moto, que ya comenzaba a sentir la irrupción de las hormigas.



Diez segundos después, Terre-Moto se lanzaba al mar, dando alaridos, y plagado su cuerpo de aquellos asesinos, que le atormentaban por todas partes, mientras Tarugo y compañía la gozaban escondidos.



A los gritos del naufrago acudió bien pronto Barba-Cana, que quedó aterrado contemplando la catástrofe: "No me mires así y ayúdame, cara de cazo"—gruñó Terre-Moto. "Como insultes te quedas ahí toda la vida, adocquín."



El capitán, así que pudo ponerse a flote, salió, desesperado, invocando el auxilio de mamá Tecla, en tanto que Barba-Cana, observador como siempre, descubría el agujero hecho por los pilluelos para introducir las hormigas.

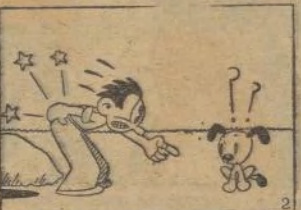


Mamá Tecla se puso al instante a friccionar al desdichado. Tarugo y Perdigón, con sonrisa angelical, limpiaban de insectos al chuchó, y a la vista de ello en la imaginación de Barba-Cana nació una sospecha. ¡La que se iba a armar!

VÍCTIMA INOCENTE



Tacaciano estaba haciendo un agujero para plantar una palmera, cuando sintió un golpe que fieramente le asustaban a retaguardia. Más



quemado que una tonelada de antracita, Tacaciano se volvió con ánimo de hacer puré al que le había arreado el golpe, y creyendo que



el pobre Migajitas había sido el causante de la agresión, chutó con él, haciendo "gol" con el perrito, que resultaba víctima inocente en aquella tragedia.

Amenidades

Este aparato es un precursor del aeroplano. No puede ser más sencillo, como veis. Dos palos largos y, a sus extremidades, unas aletas de dos hojas cada una, que se abren al bajar por la presión del aire y se



cierran al subir. El "avador" se carga los palos en los dos hombros, acciona la parte delantera de las palancas con las manos y las posteriores con los pies por medio de unas cuerdas. El aparatito fué inventado por un francés llamado Besnier en 1768. Lo que no sabemos es si llegó a volar; pero podemos estar seguros de que ni intentó siquiera la travesía del Atlántico.



—Vamos a ver, niño; si te doy 12 caramelos p a que des la mitad a tu hermano, la tercera parte a tu primo y el resto para ti, ¿a cuántos caramelos tocaréis?

—Ellos a ninguno. Porque a mí me da usted 12 caramelos y no vuelvo a casa hasta que me haya comido los 12.

Lolita Zapata
11 años (Madrid)



Tenemos que comunicar a todos los amigos de JEROMIN una gran noticia, que les causará, sin duda alguna, inmenso regocijo. La gran estación emisora "Radio España" ha organizado para recreo de todos los niños españoles unos festivales radiofónicos infantiles, que se celebrarán todos los jueves a las cuatro de la tarde, comenzando desde hoy día primero de mes.

Bajo la dirección del sabio mago Tamerlín, venido expresamente desde el remoto Oriente, se radiarán interesantísimos programas, que los niños podrán oír desde sus casitas cada jueves poco después de comer. Cuentos, historias fantásticas e inverosímiles maravillosas novelas de aventuras, chistes, acertijos, anécdotas y mil otras amenidades serán expuestas y narradas por el sabio mago Tamerlín, quien además dará aquellas noticias de todo el mundo que más puedan interesar a los niños, ilustrándolas con ideas y comentarios, que harán pasar ratos deliciosos a los pequeños.

En estos festivales tomarán parte activa los mismos niños que tengan aptitudes para distraer desde el micrófono a sus compañeros. Y así actuarán los pequeños pianistas con sus más bonitas piezas de concierto, y los violinistas con sus

más sentimentales y difíciles ejecuciones, los coros infantiles cantando lo mejor de su repertorio; los diminutos actores en ciernes y los oradores en agraz recitarán sus mejores poesías o fragmentos teatrales, y declamarán pomposos discursos académicos o parlamentarios. En fin, una fiesta de niños y para niños.

No podían faltar—claro está—en estos festivales los correspondientes regalos, sorteos y concursos con premios, que duplicarán el interés con que todos los niños de España esperarán durante la semana que suenen las cuatro de la tarde del jueves para sintonizar sus aparatos de "radio" con la emisora EAJ 2, "Radio España".

Pero hay más aún. Estos festivales radiofónicos estarán combinados con unas amenísimas sesiones infantiles que se celebrarán los mismos jueves y a la misma hora en el salón de fiestas de la calle de Manuel Silveira, 7.

Los niños que a ellas asistan, además de presenciar la proyección de preciosas películas, escucharán a los niños artistas que intervengan en la fiesta, y por medio de altavoces oírán los cuentos, historias y comentarios del sabio mago Tamerlín. Finalmente tomarán parte en el sorteo de valiosos juguetes. Para estas sesiones se rifarán entra-

das entre los niños radioyentes, y los que no pueden asistir a ellas irán siguiendo desde sus casas las incidencias de la fiesta, oírán a los artistas que en ellas intervengan y tomarán parte en los sorteos.

Pues bien; y ahora viene lo más interesante. En estos festivales infantiles de "Radio España" intervendrán el mismísimo JEROMIN y todos los personajes que, inseparablemente, le

acompañan en las páginas de su revista: Don Severo aventurero; Teresa, niña traviesa; Cascarilla, Repollo, Mosquito y Moscardón, el inmenso gato Félix con su amigo Bimbete, la cotorra Laura, Don Simplición y Dinamita, y las dos buenas piezas de Tarugo y Perdigón, con toda su respetable familia y distinguidas amistades, mamá Tecla, el capitán Terre-Moto, el adivino Taburete, el indio Pluma-Lacia, Barba-Cana, Trabucazo y tantos otros personajes conocidísimos. Todos ellos hablarán a veces directamente y a veces por medio del sabio mago Tamerlín, que contará sus aventuras y genialidades.

Ya lo sabéis, por tanto. Hoy y todos los jueves, a las cuatro de la tarde, a sintonizar con EAJ 2, "Radio España", Madrid, para disfrutar de los insuperables festivales infantiles y ponerse al habla con JEROMIN y sus amigos.

UN VIAJE A LA ESTRATOSFERA



Rebollito era un paracutista genial, que se lanzaba al espacio utilizando como paracaídas el paraguas de su abuelo. Aquel día Rebollito



se lanzó desde un globo, y con inmenso asombro pudo comprobar que, en vez de aterrizar en el suelo, había caído en un planeta que él



tomó por Marte. Y cuando ya soñaba con la gloria, pudo ver, estupefacto, que sobre quien había caído era sobre otro globo que por allí pasaba.

Colaboración

Los niños de Granja de Torrehermosa siguen favoreciéndonos. Hoy le toca el



turno a Ramón Sánchez, que nos envía una escena de un campamento comanche, con un sol que se oculta en el horizonte con los cabellos erizados.

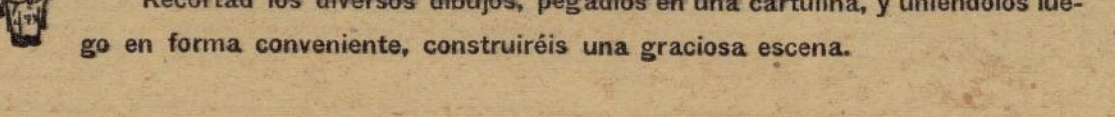
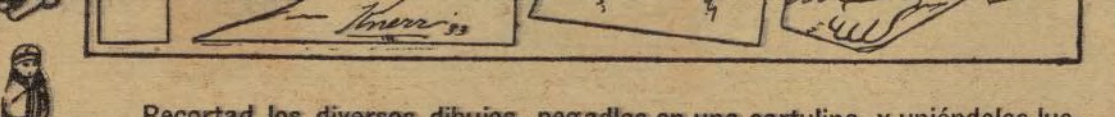
Julita Zapata es una nena de Madrid que tiene nueve años. No hay duda de que Julita debe de ser saladísima, pues contemplando ese



maravilloso gato Félix que nos remite, nos hemos afirmado en nuestra suposición. Y como aquí somos cumplidísimos, felicitamos cariñosamente a esta maravillosa dibujante, y le mandamos un cordial abrazo.



¡Una carrera de caballos! El potro que aparece en primer lugar, seguro que ganará el primer premio; así lo afirma el autor del dibujo, Antonio L. Pérez, de Naval-moral (Cáceres), que es un gran aficionado



Recortad los diversos dibujos, pegadlos en una cartulina, y uniéndolos luego en forma conveniente, construiréis una graciosa escena.

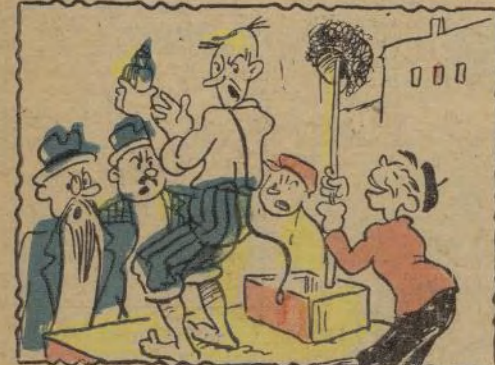
Cascarilla



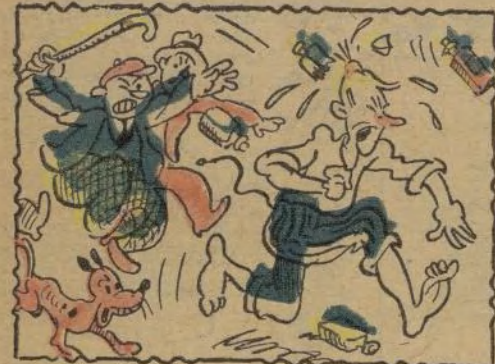
Cascarilla ya encontró trabajo. Ahora se dedicaba a vender específicos para regenerar el cabello. "¡Veah, señores—decía a grandes voces—, el maravilloso específico que hace crecer el pelo



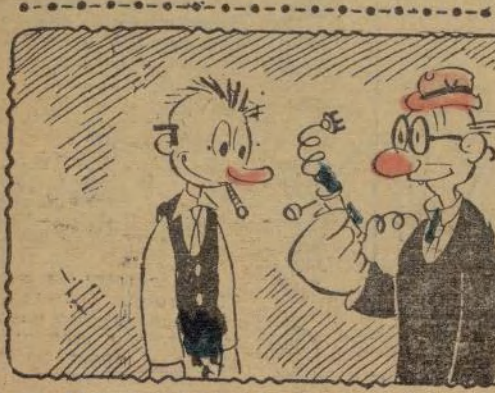
hasta a las bolas de billar. El que quiera tener en tres días un pelo como el mío, que compre el maravilloso específico." Pero el golfo Malos-pelos que como siempre la tenía tomada con



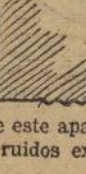
Cascarilla, aproveche la distracción de nuestro héroe para que, sin que éste se diera cuenta, quitarle la flamante peluca que se había colocado. Y el resultado fué que los espectadores,



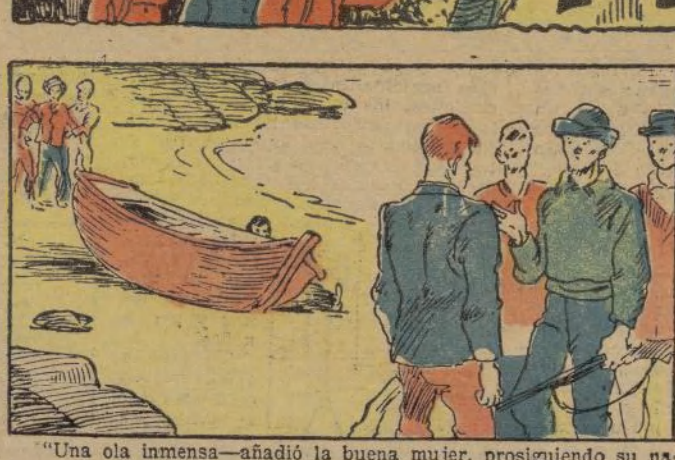
en vista de que les habían tomado el cabello, arremetieron contra Cascarilla, dispuestos a lesionarlo seriamente y que no le volviera a lucir el suyo jamás.



—Le aseguro a usted, querido don Perfecto, que este aparato es una verdadera maravilla y elimina todos los ruidos extraños. Pruébalo y se convencerá.



PRISIONEROS DEL MAR



"Una ola inmensa—añadió la buena mujer, prosiguiendo su narración—había arrebatado de la chalupa a cinco de aquellos malvados y al piloto Ramírez, mientras que los otros dos y yo fuimos arrojados a la playa, juntamente con la lancha. Ellos cayeron de un lado de la embarcación y yo del lado contrario. Todos quedamos sin sentido, y si yo recuperé pronto el conocimiento, preferí quedarme inmóvil hasta que amaneciera. Despuntaba la aurora cuando oí voces de hombres que se acercaban. Eran nuestros compa-



ellos necesitaban, no vacilarían en abusar de ellos, apelando a todos los procedimientos, y maltratándolos quisas. Había que tomar medidas energéticas y urgentes. Lo primero era ponerse en comunicación con los cuatro compañeros que se habían ausentado y que se hallaban precisamente en la misma región de la isla que estarían explorando los bandidos. ¡Esto si ya no se hallaban en poder de ellos! Era preciso avisarles cuanto antes del peligro y traerlos al hogar común, donde, unidos todos, podrían mejor defenderse. En-



rique pudo hurtar el cuerpo, aunque sin poder evitar que la garra del jaguar le alcanzase en un hombro, pero tuvo tiempo y oportunidad para hundir su cuchillo en el pecho del animal, que cayó mortalmente herido. —¡Enrique! ¡Tú aquí? —Para buscaros; para advertiros de un grave peligro que corréis y llevaros a casa. ¡Ea! No hay tiempo que perder; en el lago nos aguarda la canoa. Montemos en ella y pongámonos a salvo. —No será antes de que te haya dado las gracias por haberme salvado la vida—exclamó Alberto.



rique pudo hurtar el cuerpo, aunque sin poder evitar que la garra del jaguar le alcanzase en un hombro, pero tuvo tiempo y oportunidad para hundir su cuchillo en el pecho del animal, que cayó mortalmente herido. —¡Enrique! ¡Tú aquí? —Para buscaros; para advertiros de un grave peligro que corréis y llevaros a casa. ¡Ea! No hay tiempo que perder; en el lago nos aguarda la canoa. Montemos en ella y pongámonos a salvo. —No será antes de que te haya dado las gracias por haberme salvado la vida—exclamó Alberto.



—¡Caramba! ¡Es extraordinario! ¡Tenía razón mi amigo! Este aparato elimina todos los ruidos. Estoy contentísimo con él. ¡Es maravilloso!



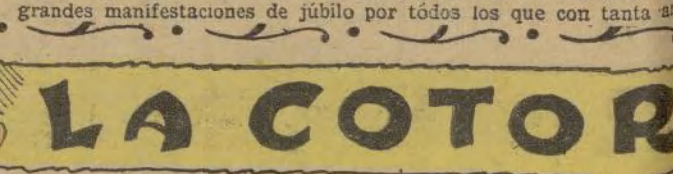
neros, que, nadando, habían ganado la orilla. Se acercaron a los dos compañeros, que yacían aún exánimes, y con fricciones les hicieron volver en sí. Después entablaron una conversación, de la que se perdió palabra. —¿Dónde nos hallamos? —Difícil es saberlo, pero debemos prevenirnos contra toda sorpresa. —¿Habéis cogido las armas? —Aquí están: cinco fusiles y varios paquetes de cartuchos. —¿Poco será para los peligros que podemos correr? —¿Dónde está Ramírez? —Allí lo tienen custodiado Leandro y "El tuerto"



rique tomó una decisión atrevida. Al anochecer, se embarcaba con Carrillo en la canoa, atravesando el lago y buscaban a los expedicionarios. Y así fué. Calan las sombras de la noche cuando el jefe de la colonia y el grumete saltaban a la embarcación, e izando la vela a la fresca brisa, se perdieron lago adentro. Dos horas después llegaban a la orilla opuesta, junto a la embocadura del riachuelo que ponía en comunicación el lago con el mar. Por allí debían hallarse los dos grupos de aventureros, el buscado y el te-



—¡Enrique! Eres mejor que yo. Quedan muertas todas nuestras rivalidades, y nadie en lo sucesivo te habrá de obedecer más dócilmente. —¡Gracias, Alberto! He hecho por ti lo que tú hubieras hecho por mí. Acepto complacido tu amistad. —Mientras vendaron a Enrique su herida, éste les puso al corriente de todas las novedades. Minutos después entraban todos en la canoa, y a favor de la brisa llegaron al amanecer a la gruta, donde fueron recibidos con grandes manifestaciones de júbilo por todos los que con tanta an-



sienda los esperaban. En segunda detuvieron todos en consejo general lo que procedía hacer en el comprometido trance en que se hallaban. Ante todo, quedaban suprimidas todas las excursiones y paseos, hasta las de caza y pesca. Había que quitar del acantilado el mástil de señales y la tabilla que hubiera revelado a los bandidos el refugio de los niños. Alberto e Ignacio se encargaron de este acuerdo. Examinaron de paso desde el acantilado toda la isla con sus gemelos, pero no descubrieron rastro de sus nuevos habi-



—Voy a "dormir" "tranquilamente", "porque" "teno" más sueño que "uno" cerrojo. "Dormir" es una cosa mucho buena y mucho bonita. ¡A "dormir"!

LA COTORRA SABIA



—¡Cálate, "helmosa", que "chilas" más que uno "gamó-fono" descompuesto. —¡No me da la gana callarme! ¡No quiero! ¡No me callo! ¡No! ¡No!



—Se "cleia" "Laulita" que no iba a "calase" "Pelo" yo "elo" mucho más lista "q'el" "Malconi" de los "gamófonos". "Ahola" a "dormir". Hasta mañana!



Y, efectivamente, don Perfecto pudo observar que Pirulo era un chico que prometía; pues, como veis, había eliminado todos los ruidos.

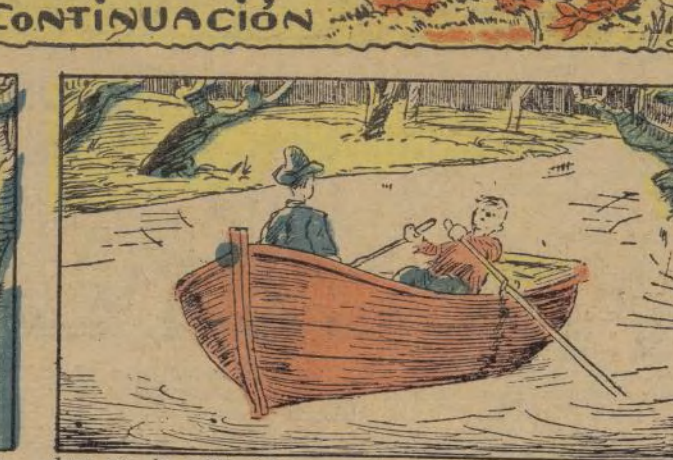


Y, efectivamente, don Perfecto pudo observar que Pirulo era un chico que prometía; pues, como veis, había eliminado todos los ruidos.



Y, efectivamente, don Perfecto pudo observar que Pirulo era un chico que prometía; pues, como veis, había eliminado todos los ruidos.

Repollo



Repollo fué a visitar a su amigo Filomeno. El niño de don Filomeno estaba en el pasillo, y Repollo contempló admirado un hermoso cuadro, que creyó había pintado el nene. "Lo has



hecho tú, ¿verdad, "salao"? Qué contento va a ponerse tu padre cuando vea el perrito tan lindo que has pintado." Y como en aquel momento llegaba Filomeno, Repollo cogió el marco,



exclamando "Mire usted, don Filomeno, mire que perrito tan precioso ha pintado su nene." Y sin darse cuenta, colocó el marco sobre el propio retrato de don Filomeno, el cual, al verse



llamar "perrito", arremetió contra el pobre Repollo, "saludándole cariñosamente" y haciéndole "rizar el rizo" con el morrón, consiguiendo al atrizaraje.



Y, efectivamente, don Perfecto pudo observar que Pirulo era un chico que prometía; pues, como veis, había eliminado todos los ruidos.

Repollo



Repollo fué a visitar a su amigo Filomeno. El niño de don Filomeno estaba en el pasillo, y Repollo contempló admirado un hermoso cuadro, que creyó había pintado el nene. "Lo has



hecho tú, ¿verdad, "salao"? Qué contento va a ponerse tu padre cuando vea el perrito tan lindo que has pintado." Y como en aquel momento llegaba Filomeno, Repollo cogió el marco,



exclamando "Mire usted, don Filomeno, mire que perrito tan precioso ha pintado su nene." Y sin darse cuenta, colocó el marco sobre el propio retrato de don Filomeno, el cual, al verse



llamar "perrito", arremetió contra el pobre Repollo, "saludándole cariñosamente" y haciéndole "rizar el rizo" con el morrón, consiguiendo al atrizaraje.



Y, efectivamente, don Perfecto pudo observar que Pirulo era un chico que prometía; pues, como veis, había eliminado todos los ruidos.

LA MALDICIÓN

Las espigas, secas y renegridas, coblaban sus tallos hacia el suelo en un amago de vencimiento; la tierra, agrietada, abría sus llagas cual bocas sedientas. El campo se moría. Se moría de sed.

Los vecinos del humilde pueblecito jamás habían presenciado una sequía tal. Nadie, ni los más viejos, ni el tío Zenón, que contaba casi el siglo, recordaba que hubiese transcurrido tanto tiempo sin



llover. Y los pobres seres gemían consternados, al ver cómo la cosecha, su única riqueza, se perdía con el fruto ya granado. El fantasma del hambre y de la ruina parecía afilar sus garras sobre los desventurados habitantes del lugarejo. Por eso fue acogida con entusiasmo la proposición del señor cura. Aquella tarde sacaban las imágenes en rogativa; y, cuando llegó la tarde, la procesión fue desfilando por los campos sedientos, entre el aletear de los pañuelos y el suave murmullo de las imprecaciones.

“Agua, Virgen bendita! ¡Agua, Cristo Santo! ¡Vuelve a nosotros tus ojos! ¿No ves nuestros campos que se mueren de sed?” De pronto, entre las filas hubo un revuelo de ansiedad. Marchando a campo traviesa, acercándose hacia el gentío, un hombre avanzaba, hosco el semblante, revueltos los cabellos y las manos crispadas sobre una escopeta de dos cañones. El aspecto del personaje inspiraba, a la vez, miedo y compasión. “¡Es Juancho!” dijeron algunos—. Es el único que no ha querido salir en rogativa.



“¿A qué vendrá?” Y todas las miradas convergieron en el hombre, que, apoyado en su escopeta, se había detenido a unos pasos de la procesión. Y su voz, áspera y ruda, se elevó en la calma grandiosa, con trémolos de ira.

—¿Adónde vais, papanatas? ¿Qué esperáis con vuestros cánticos y rezos? ¿Que Dios os oiga? ¡Imbéciles! ¡Dios no existe, que si existiera y fuese como decís, no toleraría que nos muriésemos de hambre! ¡Suplicad! ¡Rogad! ¡Ya veis cómo llueve! ¡Ya lo veis...!

El anciano sacerdote avanzó hacia el perjurio. Aun sin querer, las manos del santo varón temblaban de ira. “¡Calla, insensato! ¡Calla, desventurado!

—¡Callad vosotros!—rugió Juancho con voz recia—. ¡Callad vosotros, que teméis y tembláis! Yo no le temo a Dios, porque no existe. Y si existiera..., ¡mirad lo que haría con Él!”

Y rápidamente alzó la escopeta, y dirigiéndola hacia el cielo disparó la doble carga, brillándole en las pupilas un destello de odio y de rencor. La multitud se movió horrorizada, y de los grupos salieron voces de piedad, de amenaza. Juancho, erguido, terrible, desafiándoles a todos, no había retrocedido un paso. Y de pronto, el sol se fue cubriendo de negros nubarrones, y la lluvia comenzó a caer, blanda, suavemente, como una bendición. ¡Llovía! ¡Llovía! Y Juancho, entonces, alzó la voz.

—¡Ya veis cómo se adelanta más! ¡Llueve, pero no por vosotros! ¡Mirad el agua! ¡Mirad cómo cae! ¡Voy a ver mis campos! ¡Voy a ver mis tierras regadas, al fin!—El insensato echó a correr a campo traviesa. Muchos le siguieron, dispuestos a impedirle cualquier otra atrocidad. A medida que avanzaban, la lluvia seguía aumentando en intensidad. Los hombres iban caídos, empa-



pados hasta los huesos; pero, ¿qué importaba si las espigas, irguiéndose arrogantes, tomaban de nuevo su hermoso color! Al fin, Juancho llegó a sus tierras, y todos le vieron avanzar entre ellas, tambaleándose, abiertos los brazos, tropezando, casi cayendo. “¡Juancho! ¡Juancho! ¿Qué pasa?”

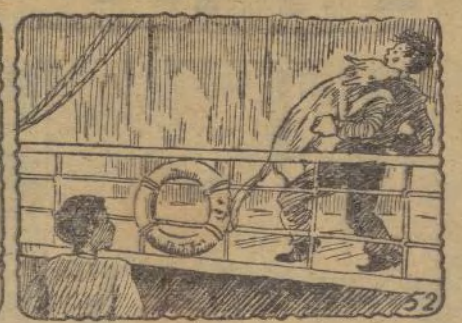
Y las sencillas gentes acudieron solícitas en su ayuda. Mas, al traspasar las lindes de las tierras de Juancho, retrocedieron aterradas. En las tierras del perjurio no había caído una sola gota de agua. Y, sin embargo, continuaba lloviendo torrencialmente; se veía el agua, formando una cortina, detenerse en las lindes de aquellas tierras, como si una fuerza misteriosa las detuviera. “¡Milagro! ¡Milagro!” exclamaron cien voces. Y en seguida corrieron a socorrer al hombre, que, al fin, cayera desplomado contra un árbol. Brazos piadosos le alzaron. Y Juancho lloraba, lloraba con sollozos desgarradores, de intensa amargura. ¡Pobre Juancho, ignorante y brutal! Y la voz entrecortada del desgraciado se alzó rota, por un hipar amargo:



—¡Señor, perdóname! ¿Qué sabía yo lo que hacía! ¡Yo no tengo la culpa, Señor! ¡Nadie me enseñó a amarte!!!

Y de pronto la lluvia pareció avanzar, deslizarse, correr, y el agua deseada bañó las tierras del arrepentido. Y el pobre Juancho, arrojándose trémulo, besó la tierra humedecida, que estuvo a punto de secar su horrible maldición.

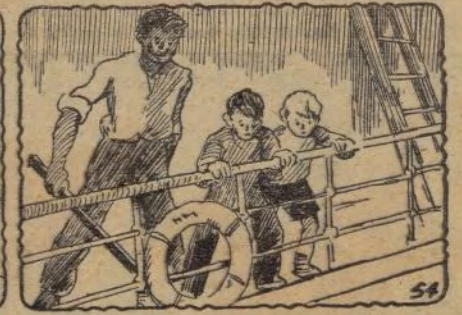
LOS TRES AVENTUREROS



Los tres camaradas se miraron con asombro, no acertando a comprender el porqué de la agresión de que eran objeto. A través de los rollos de cuerda, tras de los que se habían ocultado, trataron de atisbar quiénes eran los desconocidos misteriosos asaltantes. Pero en vano, la cubierta y el entrepuente estaban vacíos. De pronto sintieron un gran ruido en la bodega del velero, seguido de innumerables disparos. Con más asom-

bro aún se contemplaron. “Abajo se están batiendo”—exclamó Polo. En aquel momento, sobre el entrepuente se alzaron dos bultos, que combatían con fiereza, y al mirar a los luchadores, un grito de asombro salió de los labios de los naufragos. “¡Leal!”, el noble e inteligente perro lobo, se debatía en brazos de un hombre, al que había hecho presa en el cuello.

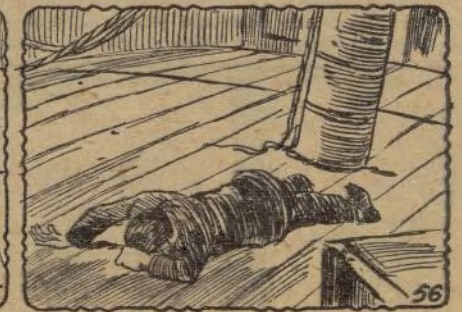
Polo, seguido de sus amigos, cruzó en



tres saltos la cubierta, llegando hasta el lugar de la lucha. Un puñetazo del negro bastó para hacer rodar sin conocimiento al desconocido. Entonces se dieron cuenta de que aquél era, sin duda, el autor de los disparos, y convencidos ya de que en aquel barco ocurrían cosas misteriosas, contra las que era preciso precaverse, Polo empuñó el revólver del hombre caído, y Boston se armó con una

barra de hierro, que en sus manos era un arma formidable.

En aquel preciso instante aparecieron sobre cubierta, surgiendo por una escotilla, dos hombres, de unos cuarenta años, vestidos de marinos. Cada uno empuñaba una pistola automática, aún humeante. Al ver el grupo de los naufragos, se detuvieron un instante, pero en seguida corrieron hacia ellos, agitando



las manos, al tiempo que gritaban: “¡Amigos! ¡Amigos!” En la barandilla del entrepuente se encontraron. “¡Ayudadnos!—dijo uno—; soy el capitán del barco. Defendedos junto a nosotros. Esos miserables os asesinarán. ¡Atención! ¡Ya suben!”

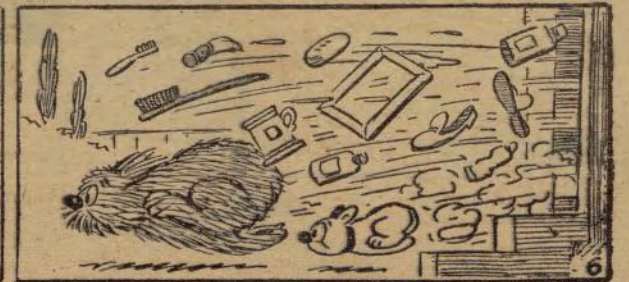
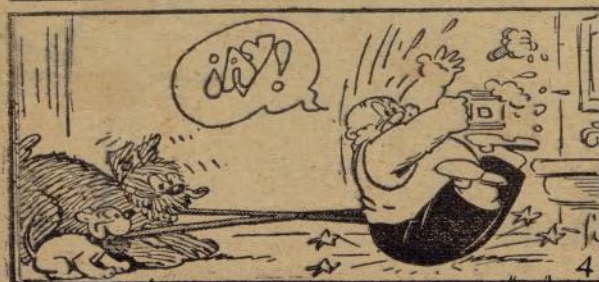
Los naufragos no salían de su asombro. ¿Quiénes subían? ¿Quiénes eran? Mil preguntas formularon mentalmente en menos de un segundo. Pero no estaba

la situación para reflexionar. El marino había disparado, y, sobre cubierta, vieron rodar a un hombre mortalmente herido.

La cubierta del navio se llenó bien pronto de una multitud de hombres armados de carabinas, que gesticulaban y proferían amenazas sangrientas.

Fin del capítulo VI

AVENTURAS DE DON SIMPLÓN Y DINAMITA





EL CASTIGO MERECIDO



Era un tigre que sembraba el terror y el espanto en la comarca. Era un hermoso tigre seguro de su fuerza y de su fiereza; ostentaba una bella piel a rayas, con la que se asemejaba a un jugador de "fútbol" con camiseta a listas. Pero aquel tigre no era tan inofensivo como un deportista; era un animal de instintos feroces y sanguinarios, que sólo deseaba hacer mal, igual que los sedientos solamente desean tomarse un doble de cerveza. Como ya

en aquella comarca no le quedaba nada que hacer, pues se había comido la mayoría de los corderillos y había entrado a saco en todos los caseríos, decidió bajar a la ciudad, donde vivían los hombres y donde esperaba darse un festín de carne humana, que aún no había probado en su vida. Pero, como, además de ser una mala bestia, era astuto y maligno, comprendió que en la ciudad le daban pronto caza aquellos hombres que mandaban plomos mor-



tíferos por unos tubos de acero, y pensó en disfrazarse igual que si estuviera en Carnaval. Le preocupaban grandemente aquellas listas de su piel, y para borrarlas y que no le denunciase, se tiró a fondo en una gran tina de pintura negra y quedaron borradas aquellas listas malditas que podrían estropear su plan. De esta forma llegó el astuto y maligno tigre a la ciudad, y se tumbó en un paseo, debajo de un banco, adoptando la postura de un perro y ha-

ciendo todos los movimientos que hacen los mismos. Esperó de tal suerte a que apareciese una víctima propiciatoria, y ésta no tardó en acudir: era un negrito que había ido a pasear al parque, ajeno a la tragedia que se estaba fraguando en la sombra de aquel banco. Pero la suerte no acompañaba en aquella ocasión al astuto y maligno tigre, que iba a encontrar por fin el castigo a sus malas acciones. El banco bajo el cual estaba escondido, acababan de



pintarlo de blanco, y las tablas, al rozar en la piel de la fiera, dejaron en ella la huella de la pintura, trazando en la piel del animal las acusadoras listas que delataba a la fiera. El negrito, que tenía más vista que un aguilucho, distinguió al instante a su enemigo, y comprendiendo que era un tigre por las listas de la piel, dió la señal de alarma, y congregados los hombres que disparaban con aquellos tubos de hierro, dieron pronto caza al astuto y

maligno tigre, que encontró en su propia maldad el castigo merecido. El negrito fué más felicitado que si hubiese atravesado el Atlántico en motocicleta, y le regalaron la piel del fiero animal, para que se fabricase un abrigo, o la pusiese a los pies de la cama para pisar blandamente en esos días de invierno que hace tanto frío y los hombres se tapan la boca con los pañuelos cuando salen del "cine".

"La Historia Universal"

Al subir al trono de Persia el joven príncipe Samir, hizo llamar a los sabios del reino, y les dijo: "Es mi deseo, ilustres sabios, que escribáis la historia de nuestra patria sin omitir ni un solo hecho, y la historia de todo el universo, sin que nada quede en sus pági-



nas ignorado." Los sabios saludaron respetuosamente al joven príncipe, y se retiraron a trabajar en aquel concienzudo y escrupuloso trabajo.

Al cabo de veinte años, los sabios llegaron de nuevo al palacio del rey Samir, y detrás de ellos marchaba una caravana compuesta por treinta camellos, que portaban 6.000 volúmenes, en los cuales estaba contenida la historia del mundo entero. El rey recibió cortesmente a los sabios, y el más joven de éstos se adelantó para besar la tierra entre las manos del monarca, y decir así: "Después de veinte años de constante estudio, hemos concluido la historia que nos mandaste escribir." Samir agradeció a los hombres ilustres el trabajo, pero convencido de que le



sería imposible leer tal cantidad de volúmenes, exclamó: "En verdad, ¡oh sabios hombres!, que vuestra labor es magnífica; pero considerad que son tantos los asuntos que he de resolver, que, aun en contra de mis fervientes deseos, me faltaría tiempo para leer vuestra historia maravillosa. Hacedme, pues, un resumen de ella, y volved cuando la hayáis dado fin."

Veinte años después, los sabios llegaron al palacio, y les seguía una caravana compuesta por tres camellos con 1.500 volúmenes, en los que estaba contenido el resumen de aquella sin par historia del universo. Y el más joven de los sabios —que ya era un anciano venerable— se adelantó y di-

jo: "Hemos terminado el resumen que nos pediste, y bien puedes asegurar que ningún suceso quedó omitido, ni hecho alguno sin reseñar." Entonces el rey, tras de agradecer los cumplidos, se expresó de esta manera: "Recibid mis plácemes, ¡oh sabios ilustres!, pero tened en cuenta que soy ya viejo y mis ojos gastados no resistirían el tener que leer todos esos manuscritos. Hacedme, pues, otro resumen más breve, y volved cuando lo hayáis concluido."

Al cabo de diez años, los viejos entraron en palacio, y les acompañaba un pequeño elefante, que portaba el resumen solicitado, que estaba contenido en 500 volúmenes;



y como el rey Samir les hiciera ver que aun así le resultaba largo, los sabios regresaron a sus laboratorios y a sus cátedras, dispuestos a trabajar de nuevo. Y cinco años después, llegó a palacio un solo sabio, el más joven, que ya era un viejo de paso vacilante, pues el resto de sus compañeros habían muerto, y traía en la mano un solo volumen, en el que estaba contenido el resumen de aquella famosa historia universal. Al verle los palaciegos, le apremiaron ansiosamente: "¡Corred! ¡Corred! El rey se está muriendo y desea saber algo de vuestra historia prodigiosa". El sabio llegó al lecho donde agonizaba el soberano. "Tarde llegas—dijo tristemente—. No podré saber vuestra historia." "¡Oh rey insigne—repuso el sabio—, yo solo voy a hacerte un

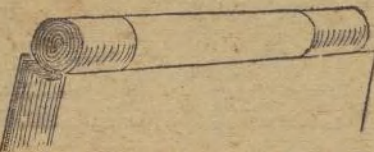


resumen de la historia del universo, de la historia de todos los hombres, y te lo haré en solo tres palabras". "Como gustes, hijo mío"—añadió el rey—. Y el sabio dijo, aproximándose al lecho: "He aquí el resumen de la historia de todos los hombres: "Nacieron, sufrieron y murieron".

EN SERIO Y EN BROMA



Mosca primera.—De esta hecha no hay quien nos salve.
Mosca segunda.—Sí, vamos a caer como moscas.



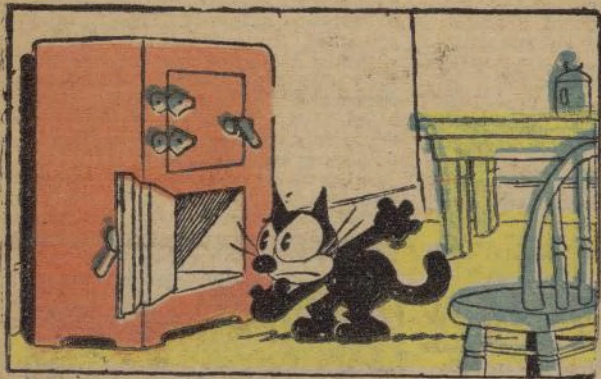
Para escribir direcciones.—Escribir una dirección en un paquete es cosa fácil y elemental, pero si hay que escribir en superficies cilíndricas, como rollos de papel por

ejemplo, la cosa no es tan fácil. Sin embargo puede hallarse un medio, y éste es el de encajar el rollo sobre el canto de un libro, y entonces se consigue con facilidad.

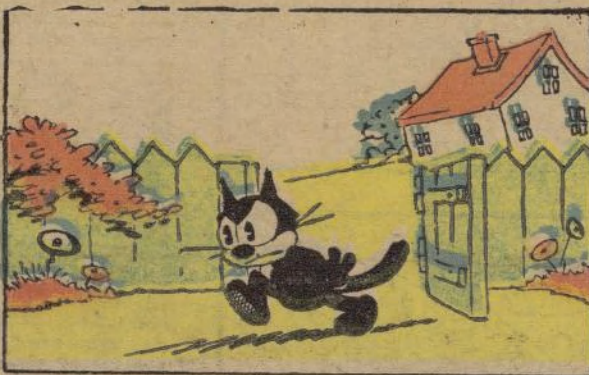


—Este año no te han dado ningún premio en el colegio.
—Sí, papá, el de modestia.
—¿Y dónde está el diploma?
—No lo dan, papá; ¡no ves que es el de modestia?

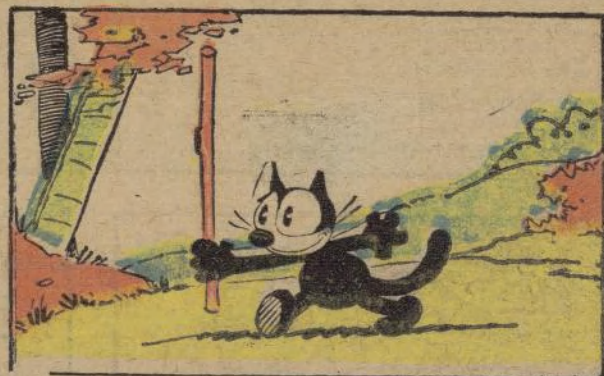
ANDANZAS DE GATO FELIX



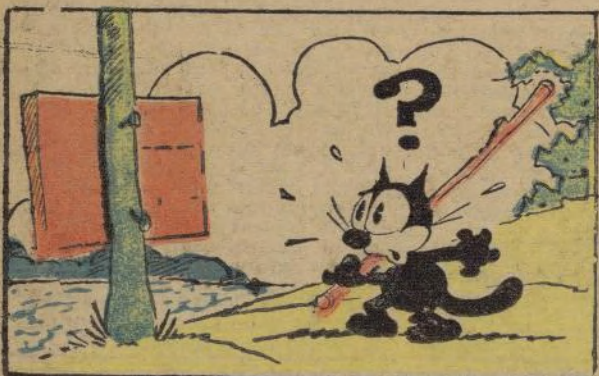
Desde que Bimbete iba a la escuela para hacerse hombre, Félix estaba más solitario que un ermitaño, y, además, esto era lo espantoso, nadie se acordaba del pobre gato, que estaba pasando un hambre de pronóstico grave.



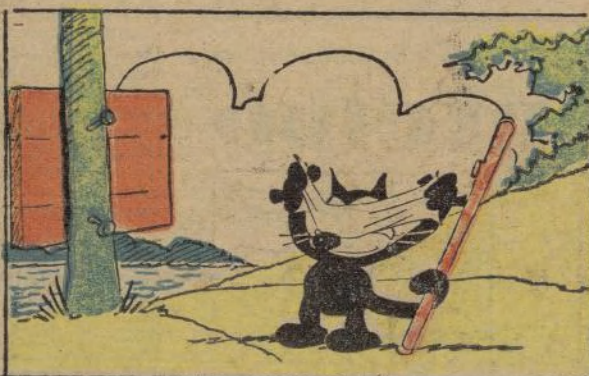
Decidido a poner fin a aquella situación, que amenazaba con dejarle el estómago igual que una carraca, Félix abandonó la casa de Bimbete, dispuesto a buscarse el cocido por sus propios medios y a costa de todo.



Casualmente vino a parar a sus manos una caña de bambú, y como Félix, además de rabo, tenía cierta inteligencia, vió en aquella caña un remedio para su crisis estomacal, decidiendo hacerse pescador de anzuelo.



Con estas intenciones, llegó a las márgenes del río Turbulento, en cuyas aguas se pescaban desde la ballena hasta los boquerones, pasando por las sardinas, que en el río Turbulento se pescaban escabechadas.



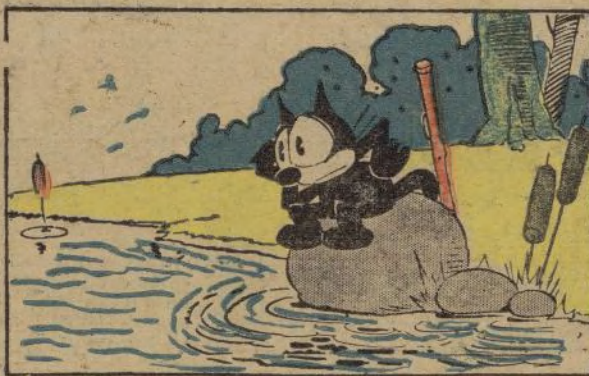
Pero algo debía de haber visto el gato, cuando, después de tres horas de hondas meditaciones ante un cartelito, se puso a vendarse los ojos, igual que hacen los que juegan a la gallina ciega y con los caballos de los picadores.



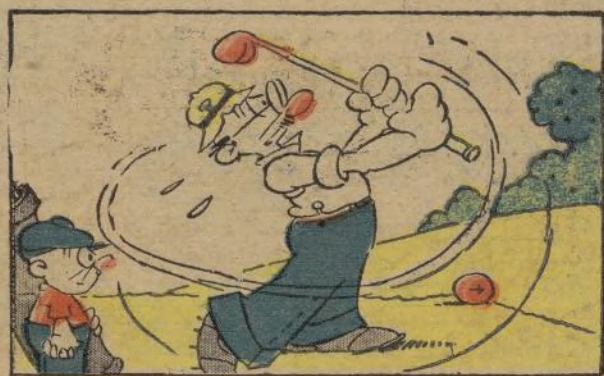
Y luego, firme y decidido, avanzó hacia la orilla del río, dejándonos ver el cartelito y aclarándonos el misterio. Félix se había tapado los ojos para no ver el aviso, que decía: "Prohibido pescar en este sitio".



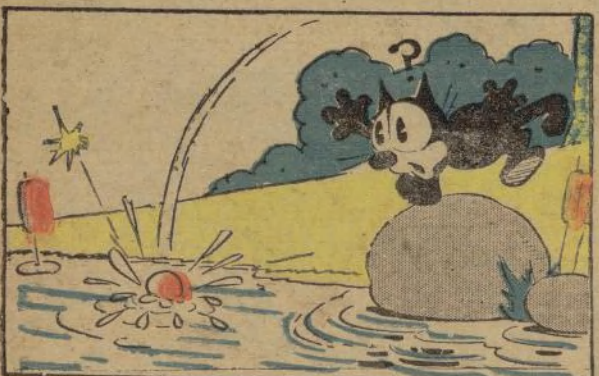
Y, muy satisfecho con aquella fórmula, que le permitía quedar a bien con su conciencia, Félix se dispuso a poner en práctica su plan, dispuesto a pescar para abastecer a todas las pescaderías del mundo.



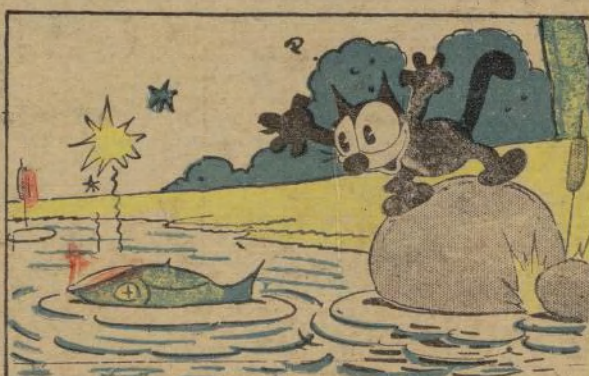
Pero entonces surgió un drama de hondas raíces. Nuestro gato, en su precipitación por procurarse el condumio, no había precavido algo esencial. Le faltaba el anzuelo; o sea, que era lo mismo que pretender cazar leones a lazo.



Mientras que esta tragedia se desarrollaba a las orillas del río Turbulento, en la otra orilla, el célebre jugador de "golf", mister Mantecada, se disponía a lanzar uno de sus pelotazos de campeonato.



Y la pelota, lanzada con más violencia que un obús, vino a caer sobre las tranquilas aguas del río y cayó al fondo con estrépito. "¡Mi madre!—exclamó el gato—, ¿se habrá declarado de nuevo la guerra europea?"



Y, de pronto, ¡poder de una ballena viuda!, en la superficie del río apareció un hermoso barbo, con toda la barba, completamente "grogui", a causa del pelotazo propinado por mister Mantecada, que actuaba de providencia.



¡el gatito, más contento que una guitarra, trinchó al barbo y se dispuso a asarlo por las buenas, resuelto de aquella manera el problema de la alimentación

(Continuará.)